

I

En los pergaminos y papiros de hace luengos siglos y aun milenios el texto se escribía sin separar las palabras: sin comas, punto y coma, punto y aparte y demás signos que ahora emplean los autores para expresar articulada e inequívocamente sus ideas, y los lectores para entender palabra a palabra, frase a frase y capítulo a capítulo una obra.

No creamos que la escasez, y consiguiente carestía, de ese material son, por ejemplo, las ideas debidamente trabajadas, fuera ni la única ni la preponderante razón de ese ahorro de espacio, y pellejo, que imponen puntos y aparte, puntos y comas, o la simple separación de palabras en nuestros libros.

Tampoco se puede atribuir a ahorro y escasez de material, cual a causas suficientes, la omisión de vocales en el hebreo antiguo, reduciendo el texto a desfile apretujado de consonantes que suenan, al leerlas, por virtud de vocales que el lector, clase privilegiada, conoce y aporta por la iniciación en la lectura que de boca a oído pasaba la tradición.

Lector es, aun hoy en la Iglesia católica, una orden sagrada —meno claro está.

Saber escribir y saber leer lo escrito fue on otrora sabidurías de origen divino, inmediatas aún a su fuente. Entre eñcritura y escritura sagrada no se había establecido la dis-

tinción tajante, corriente ya y natural entre nosotros —a partir, sobre todo, de la invención de la imprenta.

Por espontánea y común presunción todo lo escrito fue, en un tiempo, sagrado; y el escritor pasaba, sin grandes descuentos, cual inspirado por Dios, tratara de lo que tratara: creación del mundo, geografía, guerras, historia e historietas, barrabasadas de reyes, ceremonias, preceptos de higiene, mandamientos de Dios, epitalamios...

Dios es lo máximo que el hombre puede imaginar o concebir, dirá en el medioevo San Anselmo. Y por una secuela no válida para el lógico escrupuloso y de tiquismiquis, mas refrendada constantemente como válida por la historia viviente del pensamiento, se dirá que el hombre hace lo que hace por gracia de Dios. Así el escribir y el leer lo escrito, en aquellos tiempos, tan escasos de inventos.

No escribir sino las consonantes es un medio sutil y eficaz para conservar a lo escrito, al escribir y al leer, su carisma, gracia y poder divinos; y a la clase sacerdotal, sus privilegios de divina.

Aristóteles —profano, como todo su pueblo lo era de natural— afirma explícitamente que «palabra (*logos*) es un continuo», tan continuo como el tiempo y el movimiento. Y, por continuos los tres, sin partes o trozos resaltantes en su pluralidad. Los momentos, los instantes, no son puntos sueltos del tiempo; el tiempo no es chisporroteo de instantes o relámpagos de ser sobre fondo de negro o de no ser absolutos. Ni hay cuchillo o micrótopo capaz de recortar segundo de segundo, ni siglo de siglo. El tiempo es de una pieza; se tiene todo él de vez (*synequés*), cual el discurso o la palabra —o la música.

Un segundo no es tiempo, por igual causa que una nota no es melodía. Segundo, nota suelta, vocal aislada, palabra señera ni existen ni cantan ni dicen nada.

El serse muchos en continuo salva el ser, el decir y el cantar. Tal continuo puede ser un poema de Homero, una tragedia de Esquilo... una época histórica, la vida de un hombre, un concierto o sinfonía o una conmovedoramente sencilla melodía gregoriana.

Lo demás es, con una frase de Platón, virutas, migajas y menudillo de razones.

Dentro de un continuo sobre los huecos, las separaciones, los puntos y comas. Los silencios —bien calculados en posición y duración— dentro de una sinfonía o discurso están llenos de lo anterior: de memorias sonoras, y preñados de porvenir —de expectativas. Todos distinguimos entre silencios propios de una pieza musical o discurso e interrupciones violentas de los mismos. Los silencios ponen, de original manera, manifiesto el continuo; las interrupciones lo rompen. Los puntos aparte no rompen el hilo de la obra impresa; hacen resaltar sobre su aparente separación espacial la unidad del sentido total.

II

Kierkegaard —teólogo protestante y protestante teólogo de ordinario— desenchufa frecuentemente tal a ljetivo de sustantivo, y descarga la corriente e sus protestas contra la literatura.

En otros tiempos se escribía sin puntos, coma, signos de separación... Ahora escritos hay comp estos casi exclusivamente de puntos, comas, interrogantes, admiraciones... —nos advierte con indisimulable aprobación or lo primero y no disimulada protesta por lo segundo.

Los dos son extremos.

Recuerdo de mis ya lejanos tiempos de estudiante que todo me parecía hablar, cantar, correcta y deliciosamente de vez, en aquellos versos de Fray Luis de León

*¡Qué descansada vida
del que huye del mundanal ruido
y sigue la escondida...*

Y aquí, creía yo, se llevaba el diablo el sentido y la lógica al separar el adjetivo *escondida* de sus sustantivo *senda*, y proseguir, tan fresco, Fray Luis:

*senda por do han ido
los pocos sabio que en el mundo han sido.*

Kierkegaard se me hubiera reído, y con sobrada razón, por semejante tropiezo. Pero una cosa es eso, y otra tomar el verso y poner según orden alfabético sus palabras:

del, descansada, do;
el, en, escondida;
han, huye;
ido;
la, los;
mundanal, mundo;
pocos; por,
qué, que;
sabios, senda, sido, sigue;
vida, vivido;
y.

Mala es la beatería por la lógica; peor es, sin duda, la beatería por diccionario.

Pero mucho me temo que arte y literaturas modernas, las de esos que se llaman vanguardistas —sean o no músicos, pintores, escultores...—, no pasen de ser diccionarismo unas veces; otras, puro juego de dados —con notas, o palabras, colores o figuras—, a ver qué sale; si, por una dichosa ventura, después de muchos ruidos insignificantes, estadísticamente equiprobables, le cae en suerte una combinación biensonante o neosonante, o la más espectacular, por menos probable, de una frase digna de un clásico, salida ahora por azar de un caos de insignificancias auditivas, emanada en el clásico de una idea o tema, desarrollado cual flor de raíz, cual primavera de invierno.

Semejante especie de lista de palabras es un asesinato premeditado de ese «tranquilizador» psicológico que es la estrofa de Fray Luis. La lista *huye* de la estrofa, y de cada uno de sus versos.

Hay tanta composición (?) moderna en música, pintura, escultura, letras... en que se echa de ver y de oír, sin equivocación posible, el plan deliberado de huir de lo clásico; huir de decir *algo*, de cantar *algo*, de pintar *algo*..., de decir-cantar-pintar algo completo, perfecto, terminado y *trabajado*.

Son formas, cuadros, piezas musicales... de huida.

Ya iba el compositor a caer en Bach; ya comenzaba a recordarnos tal sonoridad de Strawinsky o trucos de Picaso... El autor —pintor, músico...— lo supo a tiempo; se vio o se oyó repetidor; y el remedio —la forma de huida— fue un diccionarismo: echar a voleo una sinfonía, un cuadro, una novela *clásicos*; y, salga lo que saliere, ahí va entero o en montón, sin selección, ni recortes, tal como salió.

En mis tiempos —y ya debe ir sospechando el lector que son lejanos y que voy para viejo— se nos enseñaba piano en la escuela de la velocidad de Czerny, o solfeo con Hilarión Es-lava; a nadie, ni al mejor pianista, le acudió jamás dar un concierto de escalas, arpeggios, trinos, octavas...; ni a un pintor, exhibir sus ejercicios de dibujo o sus ensayos y experimentos con colores y figuras. Se ejercitaban y experimentaban, y el resultado inmediato iba al cesto de papeles; la técnica, destreza, los descubrimientos los incardinaban a un cuadro, a una sinfonía, a un poema, a un *Todo*.

Puesto un pintor clásico ante ciertas exposiciones modernas de «*soi disant*» cuadros, recordaría en silencio, si era discreto, que todo eso y más había él echado al cesto; y que todo eso y más, reasumido y elevado, lo había puesto él en una obra completa, perfecta, todo un mundo de sentido.

No hay arquitecto que haga una exposición de herramientas; exhibe un edificio. Tanto se ha subvertido y pervertido la pintura que nos exhiben almacenes de colores y muestrario de manchas.

Sonidos echados a voleo.

Colores echados a voleo.

Palabras echadas a voleo.

El viejo Heráclito nos regaló una oscura sentencia, entre otras suyas del mismo enigmático y sibilino sentido: «El universo más bellamente ordenado (cosmos) no es sino desperdicios echados a voleo». Ahora parece como si valiera: «Desperdicios echados a voleo dan el universo mejor y más bellamente ordenado».

Todavía se puede competir con Bach o con Goya o con Dostoyewski: cumbres de montañas musicales, pictóricas, literarias: sólo que, sea dicho con palabras de Nietzsche, «el

camino más directo de montaña a montaña son las cumbres, si se tiene piernas suficientemente largas».

Magnificante y envidiable don es el ser genio. Nada se pierde, *primero*, por dudar de que uno lo sea; *segundo*, por aguardar un poco a exhibirlo; *tercero*, por trabajar en firme; *cuarto*, por recordar que Adán no ha habido sino uno; *quinto*, por caer en cuenta de que no todos son tontos, y que hay todavía discretos, amigos o no, y educados —amigos o no.

Del papa, decía Voltaire que es persona sagrada a la que hay que besar los pies, atar las manos y tapar la boca.

Tal como se pone el mundo en grande y el nuestro en pequeño no podemos atar manos y tapar bocas ajenas; no nos queda más remedio que tapar nuestras orejas y los ojos, que aún son nuestros, y hacer el debido acatamiento a tantas personas, respetables y aun excelentes, perdonándoles eso de querer ser pintores, escultores, literatos o músicos, con la esperanza de que, como lo promete la oración del Padrenuestro, Dios perdone nuestras deudas —que largas y graves son las deudas de los «*soi disant*» filósofos y críticos.